XXX Domingo del Tiempo Ordinario

Evangelio

Mt 22, 34-40

«En aquel tiempo, los fariseos, al oír que Jesús había hecho callar a los saduceos,
se reunieron en un lugar y uno de ellos, un doctor de la ley, le preguntó para ponerlo a prueba:
"Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?"
Él le dijo: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser.
Este mandamiento es el principal y primero.
El segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.
En estos dos mandamientos sostienen toda la Ley y los profetas"».

Esta semana pedimos por ...

POR LA SALUD DEL PAPA
Y POR SU PRONTA
Y TOTAL
RECUPERACIÓN

Ponte en presencia del Señor...

Recógete unos instantes para sacudir toda preocupación terrena.
Vas a hablar con Jesús. Dile luego:
"Maestro, quisiera hablar contigo. ¿Te dignas recibirme?
Enséñame a escuchar lo que quieras decirme.
Enséñame a decirte con humilde confianza lo que quieras oír de mí".
Empieza luego la conversación sobre el tema de aquel día.
Estáis solos, en la intimidad, el Maestro y tú.

1

«Hay una interacción necesaria entre amor a Dios y amor al prójimo (...)Si en mi vida me falta completamente el contacto con Dios, jamás puedo ver en el otro más que el otro, y no consigo reconocer en él la imagen divina. Si por el contrario, en mi vida descuido completamente la atención al otro, deseando solamente ser piadoso y cumplir con mis deberes religiosos, entonces mi relación con Dios se seca. Cuando es así, esta relación es solamente correcta, pero sin amor. **Mi disponibilidad de ir al encuentro del prójimo, a testimoniarle mi amor, me hace también sensible ante Dios**. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a ese Dios hecho para mí y según su propia manera de amarme. **Los santos de su encuentro con el Señor en la Eucaristía sacan toda su capacidad de amar al prójimo** de manera siempre nueva y, recíprocamente, este encuentro ha adquirido todo su realismo y toda su profundidad precisamente gracias a su servicio a los otros.
Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, es un único mandamiento. Sin embargo, los dos viven del amor solícito de Dios que nos ha amado el primero. Así, no se trata ya de un *mandamiento* que nos prescribe algo imposible desde el exterior sino, por el contrario, de una experiencia de amor, dada desde el interior, un amor que, por su naturaleza, debe ser compartido con los otros. El amor crece con el amor. **El amor** es divino porque **viene de Dios y nos une a Dios** y, a través de este proceso de unificación, **nos transforma en un Nosotros**, que sobrepasa nuestras divisiones y nos hace llegar a ser uno hasta que, **al final, Dios sea todo en todos».**

Benedicto XVI. *Encíclica Deus caritas est (2005)*

PARROQUIA SANTA TERESA
BENEDICTA DE LA CRUZ
EDITH STEIN

2

«Para poder amar mucho a Dios en el cielo, es necesario, en primer lugar, amarlo mucho en la tierra. **El grado de nuestro amor a Dios, al final de nuestra vida, será la medida de nuestro amor de Dios durante la eternidad**. ¿Queremos tener la certeza de no separarnos de este soberano Bien en la vida presente? Estrechémosle cada vez más por los vínculos de nuestro amor, diciéndole con la esposa del Cantar de los cantares: *"Encontré al amor de mi alma: lo abracé y no lo solté"* (3,4). ¿Cómo ha apresado la esposa sagrada a su amado? "*Con el brazo de la caridad es con lo que se apresa a Dios*", afirma San Ambrosio. Dichoso aquel que pueda escribir con San Pablo: "*Que los ricos posean sus riquezas, que los reyes posean sus reinos; pero para nosotros, ¡nuestra gloria, nuestra riqueza y nuestro reino, es Cristo*!". Y con san Ignacio: **"*Dame tu amor y tu gracia, eso me basta*". Haz que te ame y que yo sea amado por Ti; no deseo ni desearé otra cosa**».

San Alfonso María de Ligorio. *Octavo discurso para la Novena de Navidad*

3

«Amar a Dios es vivir de Él y para Él, por aquello que Él es y por lo que Él hace. Y nuestro Dios es donación sin reservas, perdón sin límites, relación que promueve y hace crecer. Por eso, amar a Dios quiere decir invertir cada día nuestras energías para ser sus colaboradores en el servicio a nuestro prójimo, en buscar perdonar sin límites y en cultivar relaciones de comunión y de fraternidad (...). No se trata de preseleccionar a mi prójimo, eso no es cristiano. Se trata de tener ojos para verlo y corazón para querer su bien. **Si nos ejercitamos para ver con la mirada de Jesús, podremos estar siempre a la escucha y cerca de quien tiene necesidad**. Las necesidades del prójimo reclaman ciertamente respuestas eficaces, pero primero exigen compartir. (...) El Evangelio de hoy nos invita a proyectarnos no solo hacia las urgencias de los hermanos más pobres, sino sobre todo a estar atentos a su necesidad de cercanía fraterna, de sentido de la vida, de ternura. Esto interpela a nuestras comunidades cristianas: se trata de **evitar el riesgo de ser comunidades que viven de muchas iniciativas pero de pocas relaciones**; el riesgo de comunidades *estaciones de servicio*, pero de poca compañía en el sentido pleno y cristiano de este término**».**

Francisco, Papa. Ángelus (04/11/2018)

4

""*El segundo es igual a este.*" (Mt. 22, 39)

«**Quien te ama, Dios mío, ama también todo aquello en que Tú pones tu amor infinito**. Mil pequeñeces me separan y me alejan de **mi prójimo** que es hijo tuyo, Señor, y es hermano mío. Guardo tal vez ciertos respetos sociales y mantengo las conveniencias ineludibles del convivir. Me acerco con la educación de las buenas maneras, pero estoy lejos con el corazón. No me intereso por él, no siento con él, no me entrego a él. Me falta el amor. Vivo con ellos como con seres extraños, a quienes es forzoso tratar. Dios mío, todo se reduce a esas frías y formularias exterioridades que son inevitables...las mismas que tengo contigo, que eres el amor infinito... Vivo encerrado en mí y en mi egoísmo. Mi corazón está solitario y apagado. Esta es la tristeza y el pecado de mi vida. Es mi pecado, aunque lo cumpla todo. Parece que no se me puede pedir más y yo sé que falta absolutamente todo. Y lo sabes también Tú. Señor, que lees en el corazón».

Padre J. M. Ganero, SJ. *Oración Evangélica*

Al terminar la oración...

Gracias, buen Maestro, porque me has escuchado, porque me has hablado.
Mi corazón está lleno de tus ideas y sentimientos.
Voy ahora a las ocupaciones que Tú quieres de mí. Hasta otro rato.